

III.

El famoso discurso de Miguel Berthier no debía ser apreciado de igual manera por todos los periódicos del partido republicano: muchos levantaron acta del brillantísimo éxito del joven tribuno; pero otros, más severos, dejaban traslucir su asombro.

El anciano y austero Delesclide no se ocultaba para atestiguar con dureza en su diario el efecto que la arenga de Miguel Berthier le había producido.

«Esperábamos (escribía) á un orador que venía á proclamar altamente las reivindicaciones del pueblo, y hemos visto bajar de la tribuna á un abogado elegiaco de la mujer seducida, madre y abandonada. El vencedor de Brot-Lechesne nos debía una arenga á lo Miguel (de Bourges), y nos ha dado una tirada de Mr. Ennery.»

Y Miguel, vivamente ofendido por ese juicio, aunque no era muy cruel, decía hablando de Delesclide:

—Vamos, estos jacobinos son y serán siempre iguales: ¡eternos disidentes!

Pero en revancha saboreaba los elogios de otros diarios que comparaban su elocuencia con la de Vergniaud, inmolando á su *elocuencia*, como él hubiera dicho, la palabra elegante y fluida del orador girondino.

La casualidad le hizo encontrar en la plaza de la Concordia á Pedro Menard, y le dijo:

—¿Sois vos también de los que me desapruaban?

—No: vuestro discurso era muy bello y muy justo; pero se esperaba de vos otra cosa..... En fin, esa cosa la daréis algún día.

—Enhorabuena: no sois de los que, con pretexto de inflexibilidad de principios, desdeñan eternamente la táctica.

—¡Cierto que no! Sólo que—respondió Menard—tened en cuenta que los principios en la tierra son como las brújulas en el mar: no se puede prescindir de ellos. Observad: hay días de invierno en los que la niebla nos envuelve como una emanación mefítica que ahoga; pero se levanta la mirada á lo alto, y por encima de la niebla y de la obscuridad las estrellas resplandecen en el espacio sin mancha. La niebla es el interés del momento; las estrellas son los principios.

Miguel había experimentado, al entrar en el Cuerpo Legislativo, el sentimiento que embarga á

todos los que penetran en las grandes Asambleas con firme propósito de proclamar sin rebozo las verdades que constituyen su convicción, y luego entreven los peligros de lo absoluto que se levantan bruscamente amenazadores, irreductibles, delante de aquellas gentes reunidas y que representan *intereses*.

Además, el medio en que vivía la Baronesa no había contribuido poco á inspirarle una especie de duda hacia lo que anteriormente era objeto de su admiración y entusiasmo, y el frecuente roce con adversarios corteses, tal vez hábiles, á quien encontraba en los pasillos y en el salón de conferencias, los saludos que se cambiaban, los cumplimientos dados y recibidos, todas esas vanalidades de la vida del legislador le habían hecho poco á poco más indulgente para las opiniones de todos.

Una tarde de lluvia, no encontrando coche en la parada más próxima al Cuerpo Legislativo, Miguel oyó que le llamaba alguien cuyo rostro no reconocía, y que se mostraba medio escondido en la cerrada portezuela de una berlina.

—Si no encontráis algún *char*, Mr. Berthier—le decía—me pongo desde ahora y absolutamente á vuestra disposición.

Miguel entonces creyó reconocer la voz de uno

de sus colegas de la izquierda de la Cámara, y cuando se acercaba al carruaje vió que el propietario de éste era Mr. Malainvilliers, uno de los ministros á quien tal vez combatiría en la sesión inmediata.

Detúvose en el acto por instintivo movimiento.

—¡Vamos, vamos!—le dijo *Su Excelencia* riendo francamente.—¡Nada de ceremonias! El puesto que os ofrezco no es de los que pudieran comprometeros, y os dejaré en vuestra casa al pasar.

—Llevar la intransigencia—pensaba mientras tanto Miguel—hasta rehusar una cosa como un paraguas, sería sencillamente estúpido.

Y subió al carruaje del Ministro, quien dió al cochero, sin preguntar nada á Miguel, las señas del domicilio del diputado, calle Taitbout.

—Ya véis que estoy bien enterado de ciertos detalles—dijo el Ministro con casi infantil sonrisa;—y si se tratase de arrestaros, no tendría que pedir las señas de vuestra casa al prefecto de policía.....

—¡Ciertamente—respondió Miguel en el mismo tono.—Esto podría ahorraros la pérdida de un minuto, y en la hora crítica de un golpe de Estado un minuto vale un siglo.

—Un minuto siempre vale un siglo—replicó el ministro, más serio—y no comprendo que se pierdan tantos en hacernos una oposición inútil, cuando todos los esfuerzos de los buenos ciudadanos, como vos y vuestros amigos, estarían mejor empleados en trabajar con nosotros por la felicidad del país.

—¡Oh, oh! ¿pero V. E. pretende abusar de su hospitalidad para corromperme?

—Se corrompe á las gentes vulgares, Mr. Berthier—respondió el ministro—pero á los hombres de talento se les recibe.

Miguel comprendió que no podía replicar nada, siendo, según él dijo, huésped momentáneo del ministro; ó no queriendo replicar después del elogio de su mérito, hecho tan cordialmente por *Su Excelencia*, y que no le hubo desagradado.

Cuando el carruaje paró á la puerta de la casa de Miguel, el Ministro alargó la mano al diputado, quien la estrechó.

Pero todo se sabe en París, y á la mañana siguiente se habló mucho de la aventura, principalmente en el *restaurant* de la plaza de la Magdalena, donde almorzaban varios diputados.

—¡Ha subido á las *carrozas del poder!*—decía riendo Mr. de Courbonne, el que se hacía llamar

diputado del café Riche.—Si las *secciones* lo saben, serán capaces de deplorar que haya sido derrotado Brot-Lechesne. ¡Berthier *ha naufragado!*
—¡Amén!—añadió Mr. Matorel (de Roseen).

*
*

La historieta del «coche de Su Excelencia» era poca cosa: lo más grave, y lo que supieron los colegas del diputado por París, fué cierta conversación que tuvo Miguel, poco tiempo despues, con el Duque de Chamaraule, en casa de la Baronesa de Rives.

Verificóse en el día siguiente á un discurso político, vigoroso, esmaltado de atrevidos rasgos de oratoria veheméntísima, parecidos á los soberbios arranques de un Berryer, y también lleno de cifras de hechos, á la manera de las relaciones familiares y casi volterianas de Mr. Thiers; discurso en que Miguel Berthier pasó revista á los años últimos del Imperio, desde que Francia, aturdida y como envuelta en una humareda de gloria por el cañón de Puebla, se había despertado con el estallido del cañón de Sadowa, y se preguntaba con temor, no solamente lo que se hacía de su libertad, sino lo que se iba á hacer de su independencia.

El hijo de Vicente Berthier supo encontrar

acentos vibrantes para reivindicar en nombre de la nación, el derecho de pensar y de vigilar ella misma por sus fueros en el interior y por su seguridad en el exterior.

El discurso, tan magnífico como se esperaba de Miguel, no era una absoluta declaración de guerra al Imperio, sino una especie de compás de espera: hablábase en él de las generaciones nuevas, *sólidas reservas de la patria*, como aconsejando al Emperador que las utilizase, y se oponían los *luchadores juveniles*, los *combatientes llenos de esperanza* á los *ancianos egoístas* que imponían al país dura coyunda.

El efecto del discurso fué inmenso: se firmaron mensajes de honor á Berthier en los cafés del barrio Latino; los estudiantes fueron á casa del diputado cuando salieron de las Escuelas de Medicina y de Derecho; hubo mucho ruido y algún movimiento por la noche en el boulevard Saint-Miguel, delante de la *Source*, porque los guardias municipales prohibían gritar: *¡Viva Berthier!*

Este soberbio triunfo encantó al tribuno, quien ya no se inquietaba por las murmuraciones y los juicios de la muchedumbre, sino que aspiraba á que se le escuchase en parajes elevadísimos, en las Tullerías.

—¡Hubiera querido ver la cara del Emperador—decía francamente—cuando él haya leído el discurso en el *Journal officiel!*

¿Preparó la Baronesa de Rives la entrevista que en su casa tuvieron en el siguiente día Miguel Berthier y el duque de Chamaraule? ¿Diríase que Francina se había impuesto la misión de impulsar á Miguel á quemar lo que adoraba hasta entonces!

Berthier, á quien ella había esperado algún tiempo, estaba ya en casa de la Baronesa cuando llegó el Duque, y Francina, que cerraba las puertas de su casa para todo el mundo en hallándose al lado de Miguel, excusóse en aquella ocasión manifestando á éste que era indispensable recibir á Mr. de Chamaraule.

El Duque era á la sazón el servidor más adicto y más convencido del Imperio en su ocaso, y también el más leal, y ejercía sobre el Emperador verdadera influencia, la influencia que conserva, á despecho de los años, el compañero en las primeras aventuras, el amigo en las horas de inclemencia, el que os vió pobre, necesitado, humillado, ambicionando el poder, soñando con la gloria, y tropezando en la dura realidad de las decepciones y las deudas.

Miguel no conocía al Duque sino por haberle visto desde lejos en la tribuna de los antiguos ministros, y no le desagradó verle de cerca, aunque sin poder disimular una sonrisa.

—La vida tiene caprichos muy raros—se decía; —antes, el carruaje del ministro Mr. de Malainvilliers; ahora, una entrevista con el Duque de Chamaraule. ¡Delicioso!

El Duque fingió asombro al encontrarse con Miguel en los salones de la Baronesa, y le atestiguó con las exquisitas maneras de correcto diplomático, disimuladas algún tanto por una especie de franqueza militar, el sentimiento de admiración que profesaba (¡doctrinas políticas aparte!) al autor del discurso de la víspera.

—Y os admiro tanto más, Mr. Berthier—añadió el Duque—cuanto que habéis aceptado una obra ingrata y ruda. Vos poseéis todas las dotes necesarias para ser un hombre de gobierno, y os habéis hecho hombre de oposición; tenéis ciencia, voluntad, energía; se adivina que habéis nacido más para dirigir un Estado que para perturbarle.... Observad que no contáis con la facundia tumultuosa de un orador de club, sino que ejercitáis admirablemente la dialéctica inflexible de un político que sabe adónde va y procura á la vez conseguir

el triunfo y hacer que su obra sea respetada. En verdad, os tengo lástima.

Berthier le escuchaba con asombro lleno de tentaciones.

—Sí, os tengo lástima—continuó el Duque—porque con vuestras cualidades pertenecéis al partido que no sabe apreciarlas.... ¡Os pido perdón si tengo la mala suerte de herir alguna de vuestras susceptibilidades!.... ¡Ah, Mr. Berthier! ¡Lástima, sí, que gastéis en las filas de la oposición veinte veces más talento que se necesita para gobernar á ese mismo pueblo que os aplaudirá con entusiasmo hasta el día en que esté dispuesto para arrojaros con rabia á las gemonías, al oprobio. Vos sois un hombre de Estado, Mr. Berthier, y los hombres de Estado no son bien vistos de vuestros correligionarios, los cuales saben ser (lo confieso, y ved que les hago justicia) elocuentes en el ataque, valerosos en la derrota, admirables en el destierro.... pero ¡nunca han sabido ser vencedores! ¡Hombre de Estado! ¡Esas palabras son la suprema injuria que lanzaba Marat á los girondinos! Ellas equivalen al epíteto de *moderado* con que vuestros amigos designan bruscamente á todo aquel que desea reflexionar, meditar y no ir de un salto á los extremos; sois de la raza resistente

de Casimiro Perier padre, y ambicionáis el papel de Ledru-Rollin, que á pesar de su honradez ha fracasado, bien lo sabéis, y estaba obligado á obedecer á los mismos que tenia á sus órdenes. Todas estas reflexiones y otras muchas se me han ocurrido al leer vuestro magnífico discurso, ese discurso que he visto hace poco en manos del Emperador y que S. M. (aunque esto os contraríe) ha encontrado excelente, excelente de intención y en la forma..... Pero os quejáis en él de que la joven generación no es recibida según merece por el poder nuevo..... ¡Mal hecho! no es culpa nuestra si los jóvenes siguen la moda y se alistan en la oposición..... Decís que en las Tullerías sólo hay ancianos egoístas, y yo digo más todavía que vos, porque son más que egoístas, no sé lo que son..... Precisamente hablaba yo un día con el Emperador delante de una chimenea, y le declaré que lo que más le perjudicaba era una parte de su corte; mas él me respondió sencillamente: *Se toma lo que se encuentra.....* y la conversación quedó ahí. ¡Tenía razón el Emperador! Se toma lo que se encuentra; pero el día en que se encuentre un hombre resuelto, joven, superior, que quisiera ponerse al servicio de esta obra: *la unión del Imperio y la libertad*, que no es un maridaje *in extremo*

mis, como decía Pelletan interrumpiéndoos, habrá en Francia un Gobierno verdaderamente progresivo, y el ministro que consiguiera fundarle pasaría á la posteridad con más gloria que todos los tribunos del mundo. ¡Ya véis que os entrego el secreto de la plaza y olvido que habéis puesto cerco á la fortaleza! ¡Hacedlo! Nosotros estamos dispuestos á rechazaros vigorosamente, y si por desgracia vuestra penetrarais en ella á viva fuerza, yo os tendría lástima, porque estoy seguro de que vuestros soldados descargarían contra vos las armas que vos mismo hubieseis puesto en sus manos. ¡Y ya veréis el día en que intentéis poner un dique al movimiento después de haberle impulsado! ¡Qué desórden! Otros lo intentaron y sucumbieron; y no creo, Mr. Berthier, que vuestro ideal de gobierno sea el gobierno revolucionario á perpetuidad.

Miguel creía estar soñando: aquel Duque, cuyo nombre había considerado siempre como sinónimo de arbitrario y violencia, hablaba familiarmente, con la sonrisa en la boca, á un adversario, confiando en él con amable abandono.

—¡Qué bien hace la bola de jabón!—se decía la Baronesa escuchando al elevado personaje.—
¡Con qué habilidad pone la jarra de leche al alcance del que tiene sed de dulzuras!

Y se abanicaba sonriente, mirando á los dos hombres; el uno hablando sin tasa y acompañando sus palabras con ademanes expresivos de franqueza, de cordialidad; el otro pálido, mordiéndose los labios, atusándose alguna vez las patillas ó pasando su mano por los cabellos para echarlos hacia atrás, como si cruel jaqueca le apretase la frente y las sienes.

La conversación duró todavía algún tiempo, decayendo en generalidades, y en seguida se despidió el Duque, saludando con visible expresión de consideración casi afectuosa á Berthier, que estaba turbado, febril; y salió, dejando solos á Francina y Miguel.

—¿Has comprendido lo que el Duque ha querido decir?—dijo ella.

—¡No!—respondió él bruscamente.

—¡Vamos! un hombre como tú ve desde luego el objeto que se le enseña, cuando este objeto es.... lo que te ha dicho el Duque de Chama-raule.

—Entonces ¿está encargado de comprarme?

—¿Comprarte? ¡Ah! ¡qué palabra tan fea! No está encargado de nada, según creo; pero ha capitulado delante de tí. Pide la paz, ¿comprendes? y la pide, ¡á qué precio!

—Eso es, ¿á qué precio?—preguntó Miguel, que pensaba en Pedro Menard.

—¡El poder inclinándose profundamente delante de un hombre!—añadió Francina, dirigiendo á Berthier un ataque de fondo á su fibra más sensible: la vanidad.

—Sí, sí, es verdad—dijo Berthier con acento febril;—me ha ofrecido claramente..... ¡quizás todo lo que yo quiera ser! ¡Mi discurso les ha dado miedo! ¡El Emperador lo ha leído! ¡Bah! ya sabía yo que lo leería..... Pero ser yo ministro, ¡qué locura! Perdería el apoyo de mis amigos y no ganaría el de mis enemigos..... ¡Vamos!—añadió Berthier con furor reconcentrado.—No hablemos más de esto..... ¡Hay causas que no se abandonan jamás!

—¿Quién habla de abandonarlas?—dijo la Baronesa.—Asegurar el triunfo de las reformas liberales ¿es desertar? Empuñar el timón de la nave y dirigirla al puerto de salvación ¿es desertar? Entonces, ¿sería un desertor Roberto Peel?

—No estamos en Inglaterra, sino en Francia.

—Y estamos condenados á revoluciones á perpetuidad, porque los políticos pusilánimes, cuando se les ofrece el poder, retroceden asustados, sí, asustados..... de lo que dirán el ciudadano Pedro

Menard y los vocingleros del café Frontín..... ¡Corrientel ¡ni una palabra más!..... pero tienes fiebre, tus manos abrasan, tus sienes van á estallar.....

Y mirándole con su eterna sonrisa, le pasaba sus dedos por la frente.

—¡Mi pobre Miguel!—añadía.—Tú no estás hecho para ser hombre de Estado, eso es, diga lo que quiera el Duque, sino que has nacido para escribir novelas y poesías..... Entonces podrías poetizar á tu gusto, y aun burlarte de los hombres á quien se dice: «¿Queréis el poder? ¡tomadlo!» y que responden: «¡Seguid vuestro camino!»

Nunca Miguel había estado tan inquieto y aturdido; cerraba los ojos y hubiese querido taparse los oídos; entreveía en medio del lujoso salón una gran figura pálida, silenciosa, grave, que era el espectro de Vicente Berthier, el desterrado de Diciembre.

.....

A la mañana siguiente el Duque de Chamaraule recibía este conciso billete, escrito en menudas letras:

«Bravo, mi querido Duque: vacila, tiembla y suspira. *Marion* llora, *Marion* grita; pero *Marion* anhela, en su interior, que se la case, y se la ca-

sará; porque para decidir á las gentes, el mismo Foy es torpe á vuestro lado.

»Vuestra aliada y admiradora, F. DE R.»

IV.

Hay en la palabra una especie de fermento, que después de penetrar por el oído en la conciencia, como el veneno suministrado al padre de Hamlet, se arraiga y se desenvuelve en ella, semejante á ciertas plantas de rápido crecimiento.

Miguel Berthier, desde la conversaci6n con el Duque de Chamaraule, era presa de una fiebre insana, un descontento instintivo, de cólera, de indecisi6n, de sobresaltos interiores, que es como la enfermedad especial de los ambiciosos en plena lucha.

Experimentaba amarga satisfacci6n en repetirse todo lo que el Duque le había dicho acerca de la ingratitud de las muchedumbres, y su orgullo, mejor dicho, su vanidad se sublevaba con la idea de no ser sino un instrumento en las manos omnipotentes del número.

—¿No sería yo más útil á ese mismo número— se preguntaba con cierta angustia— dirigiéndole que siguiéndole?